

Nº 566
29
Diciembre
2021
Miércoles



«Cristo acogió en su corazón todos los amores», homilía de Navidad

Así que «tanto amó Dios al mundo», con una caridad de chiflado, que le dio su Hijo Unigénito para que salvara al mundo –con el Amor rectificado y santificado–.

Leonardo Castellani (*Tradición Viva*)

La maravilla de Navidad no es que Dios se haya hecho Niño –aunque eso nos enternece– sino que se haya hecho hombre: ése es el misterio. Tal como aparece aquí, es un Niño, no puede hacer daño a nadie, es débil y amable: «apareció la benignidad y la humanidad de Dios –dice San Pablo–; «tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo Unigénito, no para que juzgue sino para que salve al mundo» –dice San Juan–. «Dios podía salvar a los hombres de varias maneras; pero en ninguna tanto como ésta podía mostrar su amor a los hombres» –dice Santo Tomás–. Un poeta griego dijo que estar enamorado y tener seso, eso no puede ser, a no ser en Dios. Pero aquí parecería que Dios también cayó en la volteada, pues nos amó con locura, dice San Pablo: «propter nimiam caritatem suam qua dilexit nos» –o sea, por la caridad loca con que nos amó– (Ef.2,4). Ese es el misterio.



Cuando nace, ya es un hombre santo; se verifican en él todas las Bienaventuranzas que más tarde había de enseñar Él, como paradigma de la santidad; incluso la bienaventuranza de la persecución, a cargo del Rey Herodes: es manso y sumiso a todos, no sólo al Emperador de Roma sino a los posaderos de Belén; es pobre repobre; llora, es puro de corazón, y es pacificador como cantaron los ángeles. Todo lo que va a seguir hasta la Cruz se deriva desto; y del estado del mundo cuando nació, el mundo caído, Israel decaído. Si un sabio de Atenas o Roma hubiese estado allí con los Pastores, le hubiese dicho: «Linda nación has venido a escoger para nacer: esta nación es una historia viva de la decadencia. Hay algunos individuos buenos; pero la

nación como nación es una ignominia». El Niño Dios hubiese contestado: «Lo que me interesa son los individuos: por esos dos que están a mi lado, yo hubiese nacido; y por el mismo Rey Herodes solo, hubiese muerto en la Cruz». Eso parece un poco de locura. El pueblo no se engaña con sus pesebres y sus crucifijos: en esas dos imágenes está indicado un amor incomprensible.

Los antiguos no comprendían el amor de Dios: nosotros tampoco por supuesto, pero sabemos que existe. Los judíos comprendían el temor de Dios; los griegos comprendían sólo el agradecimiento –y el temor– a los dioses de la mitología, los cuales se amancebaban con los hombres y mujeres mortales, no por amor sino por liviandad. Y los filósofos griegos no creían posible el amor de Dios; por lo menos Aristóteles. Dios está demasiado alto: el amor pide igualdad. Tenían un refrán que decía: «El amor busca iguales», «amor pares inventit», al cual San Agustín agregó dos palabras volviéndolo cristiano: «aut facit», ¡o los hace! «El amor busca iguales o los hace». Así Dios comenzó



por igualarse a los hombres haciéndose hombre «nacido de mujer, nacido bajo la Ley», y después trató de igualarnos con Él, levantándonos al amor divino por medio de la gracia, hasta llevarnos a la unión perfecta con la Deidad; pues «seremos semejantes a Él porque Le veremos tal cual es» dice el Evangelista del Amor (I Jn.3,2). Pero desde el instante del Bautismo co-

mienza en el hombre ese proceso de asimilación a Dios; cuya continuación está en nuestras manos y también puede fracasar; y eso es tremendo. Porque ese amor es inmenso, perderlo para siempre es tremendo. El Infierno no es más que un amor perdido, rechazado. Por eso dice un villancico español:

Si dese temblar de Dios
Yo también la causa fui
¡Mi Dios! ¿qué será de mí
Cuando yo tiemble y no Vos?

En fin, hoy no hay que acordarse del Infierno, aunque Herodes, que es el Infierno, anda cerca. «Gloria a Dios en lo alto y paz en la tierra a los hombres de fe» –que ése es el cántico de los ángeles–: «téés eudokías»: no dice «de buena voluntad» sino de buena doctrina, de fe: «paz a los bienaventurados» (Lc.1,14): ésa es la palabra.

Para el amor se precisan dos. El Hijo de Dios se preparó un amor para cuando naciera, el amor más común, más barato y más seguro, una madre –una familia–; también un padre postizo; al cual Dios Padre, que lo nombró su representante, le dio corazón de Padre. El amor de Dios es difícil, hay que empezarlo por lo más fácil, que es el amor de familia; porque el agradecimiento es más fácil y el temor a Dios todavía más, pero el amor de Dios es como subir al Aconcagua pasando antes por todos los faldeos. Y así hizo Cristo, acogiendo

en sí todos los amores humanos, –contra lo que dice dél el «el negro gordo», o sea nuestro poeta Pedro B. Palacios, Almafuerte:

Corazón cuyo amor intangible
Sin ningún otro amor se dilata,
Cual se estrellan y esfuerzan flexibles
Sin lograr abatir la muralla,
Ya tenemos, ya febles, ya locos,
Bramando y silbando los vientos que pasan.
La invasora legión de cariños
Que a la vida real nos amarra
No logró reducirlo, siquiera,
Ni al sacro materno dogal de la patria.
Ni arrancó la mujer a sus labios
Nada más que un feliz epigrama
Y a sus pies en la Cruz, su madre olvidada...

Jesús de Galilea
Para mí no eres Dios,
Eres sólo una idea
De la que corro en pos...

Esto es poesía de negro gordo. Almafuerte no era negro, era blanco y flaco, pero como decía Ramón Doll: «hay negros de todos colores». (Una vez Ramón Doll estaba hablando de un individuo y lo nombraba a cada momento; «El gallego ese». Y le dijeron: «¡Qué gallego! Si ése no nació en Galicia, nació en la Boca». Y él retrucó: «¿Y qué tiene que ver? Hay gallegos de todas las nacionalidades»).



Contra lo que cree el negro blanco, Cristo acogió en su corazón todos los amores. ¿Y el amor carnal? Saltó ese amor, porque no lo necesitaba para llegar a la caridad, pero se guardó muy bien de condenarlo o denigrarlo, como hicieron y hacen des-

pués de él mucho filósofos y herejes. El amor carnal existe ¡cómo! Y se convierte o bien en caridad o bien en calamidad. Ese es su destino. Por suerte casi siempre o la mayoría de las veces se convierte en caridad, o sea, en amistad conyugal, que dice Aristóteles es la más firme de todas las amistades (la mayoría de las veces creo yo; no sé bien cómo anda el mundo). Cristo no podía atarse a la amistad conyugal, a una mujer, un hogar, unos hijos, porque tenía algo difícil que hacer y poco tiempo para hacerlo; pero algunas mujeres o alguna mujer tuvo hacia él no sólo amistad filial sino amistad conyugal. Y él con una mujer se portó como un caballero andante –como Don Quijote con Dulcinea– si no es irreverencia.

Así que «tanto amó Dios al mundo», con una caridad de chiflado, que le dio su Hijo Unigénito para que salvara al mundo –con el Amor rectificado y santificado–.

* * *

Nochebuena ¿noche triste?

Gerardo Hernández

Tanto desde la percepción personal como desde la observación sociológica participante, creemos que, en estas Navidades, existe en el ambiente y en las actitudes de las personas una sensación de tristeza, una especie de desencanto y de abatimiento generalizado.

La meteorología contribuyó a ello. La noche del 24 y todo el día 25 estuvieron lluviosos, fríos, con el cielo plomizo, con niebla, tristes también, en definitiva.

Esa observación nos lleva a la conclusión de que, con el bullicio y la alegría sanos en las calles, había desaparecido también la alegría en las gentes aun-



que no faltaran algunas aglomeraciones en muchos lugares de las poblaciones.

Hace ya tiempo que se viene socavando en estas fechas el primigenio sentido de las mismas: la celebración del nacimiento del Hijo de Dios, y se conduce a la sociedad hacia unas celebraciones laicas y consumistas. La fórmula que van imponiendo los que per-

siguen este objetivo es la de Felices Fiestas en sustitución de Feliz Navidad.

Pero en esta ocasión la percepción va más allá y parece que, en estos días, en



el ambiente hay un halo que nos abarca y envuelve. Parece que un imperceptible silencio se sobrepone al bullicio acostumbrado en estas fiestas.

El año pasado, en plena pandemia, parecía que habíamos comprendido la situación, la habíamos aceptado y asimilado y se dieron por inevitables y con obligación de cumplir las drásticas

normas y restricciones impuestas ante la tragedia que se estaba viviendo. Era un sacrificio cuya compensación parecía que iba a ser la de un futuro más esperanzador y se confiaba en que en estas Navidades aquello podría estar superado y volveríamos a vivir las celebraciones religiosas, los encuentros familiares y las relaciones sociales con la misma normalidad de tiempos pretéritos.

Sin embargo, ha llegado este año e, independientemente de las mentiras a las que ya nos han acostumbrado ciertos políticos, parecía que quienes podrían tener autoridad para ello nos auguraban una paulatina y, paradójicamente,

hasta rápida superación de la situación, una mejoría que impulsara las ilusiones y las expectativas.

Se volvió a planificar y concertar la celebración de espectáculos, las cabalgatas de los Reyes Magos, las reuniones familiares y las reservas en la hostelería. Y, por parte de estos establecimientos, la provisión de recursos alimenticios. Y la recuperación económica de los pequeños establecimientos supervivientes con las compras de Navidad y Reyes.

Pero la aparición y rápida difusión de la variante con nombre de letra griega, la ómicron, nos ha asestado un mazazo del que parece ser que no nos hemos recuperado.

Las familias, muy a su pesar, han tenido que desmontar sus convocatorias, los niños se han quedado con la miel en los labios de compartir una cena o una comida, el montaje de un Belén y el cántico de los tradicionales villancicos con sus mayores.

Muchos viajes para el reencuentro han sido suspendidos; las cancelaciones en la hostelería han resurgido y el desencanto, la desilusión y la tristeza se



han hecho dueños del ambiente y parece que han flotado en el aire imprimiéndonos una cierta forma de congoja y una tristeza espiritual semejante a la de la climatología imperante en esos días.

Cuando habíamos creído, o nos habían hecho creer, que el virus estaba prácticamente vencido, la dura realidad se ha impuesto. Por ejemplo, en el paso

del día 24 al 25, en Madrid, se han producido nada menos que 20.371 nuevos contagios.

Se mantiene la incertidumbre o las sospechas respecto al origen de la pandemia allá en los laboratorios de Wuhan y el afán de los humanos por desafiar, para unos, a Aquel cuyo nacimiento conmemoramos en estas fechas o, en el caso de otros, a las reglas de la Naturaleza.

Y ahora desconocemos si la supervivencia del «maldito bicho» en sus diferentes modalidades obedece a nuestras imprudencias o irresponsabilidades. O a la falta de capacidad o conocimientos reales de los políticos o de los «expertos», no los de verdad, sino de los que están proliferando como las setas en otoño.

Nos encomendamos hoy, como tarea para llevarnos a casa, reflexionar sobre ello, mientras aspiramos a, más tarde o más pronto, recuperar esa alegría sana propia de la celebración de una Navidad y que quede como un recuerdo, como un mal recuerdo, la tristeza ambiental, social y personal de estos últimos días, de esta Nochebuena que ha sido, para muchos, una noche triste.

* * *

Desenmascarando a Yolanda Díaz

José María Nieto Vigil (*El Diestro*)

Anadie se le escapa el protagonismo que, de manera evidente y clamorosa, viene teniendo Yolanda Díaz Pérez, ministra de Trabajo y Economía Social y vicepresidenta segunda del Gobierno del Reino de España. Su relevancia en la escena política está eclipsando, sin ningún disimulo, al mismísimo y narcisista presidente del ejecutivo que ocupa el palacio de La Moncloa. Su poder emergente y carismático la está convirtiendo en la política del momento, no ya por sus hábiles negociaciones al frente de su cartera ministerial, sino por su ambición política, cuyos objetivos van más allá del papel que hoy representa de manera sutil y maquiavélica.

La entrevista mantenida con el Sumo Pontífice, Jorge Mario Bergoglio –papa Francisco– el pasado 11 de diciembre, ha sido una puesta en escena de amplísima repercusión mediática y motivo de discusiones y conversaciones en



los mentideros políticos. El golpe de efecto buscado con la pantomima representada ha conseguido un rédito político del que ya se hacen eco los sondeos de opinión. Es muy rara la vez en la que el Santo Padre se reúne con una vicepresidenta de un gobierno, ya que lo habitual es que las entrevistas se tengan con los más

altos dignatarios de un estado, es decir, el jefe de estado o los presidentes de gobierno. Su decisión de atreverse a acudir a la Santa Sede no tiene precedentes entre los miembros del actual ejecutivo socialcomunistas español. Solamente, en octubre de 2020, Pedro Sánchez osó en acudir al Vaticano en calidad de jefe de gobierno del Reino de España. Así pues, una oscura maniobra de malsanas intenciones que únicamente pretenden endulzar la radical posición ideológica de nuestra ínclita ministra.

Pero ¿quién es esta gallega de cincuenta años, abogada de profesión, disfrazada de mojigata que se presenta como adalid de la izquierda? Su biografía personal es suficientemente explícita para llegar a conclusiones irrefutables. Miren ustedes, detrás de esa presencia conciliadora, dialogante y exhibicionista de un talante con talento, de un perfil progresista moderado, está una mujer ambiciosa y profundamente arraigada en los principios ideológicos de la izquierda radical y nacionalista independentista. Su aparente moderación es una pura pantomima y un ejercicio de transformismo para el desarrollo de su personal guion político, o sea, ampliar su liderazgo y ampliar la base electoral de sus apoyos en sus espurias ambiciones.

Les aclararé quien es la persona que está detrás del personaje protagonista de la farsa que está protagonizando. Yolanda Díaz está afiliada al Partido Comunista de España, integrante de Izquierda Unida. Que yo sepa, comunismo

y fe no van de la mano precisamente, así se manifiesta en sus propuestas ideológicas históricas. Pero aún hay más datos que la desenmascaran en su giro hacia una izquierda más aperturista y pseudo progresista con el que quiere engañar al incauto votante. Es miembro de Unidas Podemos, que ya ha acreditado su visceral anticlericalismo en no pocas ocasiones, con profanaciones de templos incluidas, amén de sus reiterados y continuados ataques a la enseñanza concertada de los centros educativos de ideario católico. De momento, comunista y podemita, lo cual no la sitúa en la esfera de un votante moderado, discreto y templado, todo lo contrario.

Pero hay mucho más que apuntar en el debe de la «conciliadora» y «mesurada» ministra. Entre 2005 y 2017 ejerció como coordinadora nacional de Esquerda Unida; diputada por Pontevedra en las Cortes Generales desde 2016, bajo la coalición radical independentista Marea (Podemos, Anova, En Marea, Esquerda Unida), luego integrada dentro del grupo parlamentario de Podemos. ¿Dónde está su tono españolista y moderado dentro del arco parlamentario? En ninguna parte, puesto que ya hemos asistido perplejos a las radicales propuestas mitineras, también en sede parlamentaria, de los acólitos y admiradores de regímenes como el chavista, sandinista, bolivariano y castrista. Pero sigamos desenmascarando a esta mujer de oratoria dulzona, empalagosa y beatífica en su articulación del engaño. En Galicia, su tierra natal, dejó su huella comunista, orgullosa y soberbia, cuando aspiró a la Xunta como candidata por Esquerda Unida; cuando arribó al parlamento gallego (2014-2016) por la circunscripción de La Coruña, con una coalición de partidos de la anti España, integrada por Espazo Ecosocialista Galego, Anova, Irmande Nacionalista y Equo Galicia; o como cuando, entre el 2003 y el 2012, fue concejal del ayuntamiento de el Ferrol, en donde por cierto, llegaría a ser teniente alcalde entre el 2007 y 2008. Allí, como era lógico y natural, practicó sus habilidades negociadoras con el Bloque Nacionalista Gallego y con un partido socialista escorado hacia la extrema izquierda. Así pues, ésta es la carta de presentación de la nueva imagen de la mujer de la izquierda «moderna» que nos quiere engatusar con su comedia.



Ahora, que su voracidad y hambre de poder la delatan, está poniendo en marcha una plataforma –futura formación política– que quiere bautizar con el nombre de Frente Amplio, o Unión de la Gente, o Plataforma Democrática de España. No se engañen, la hoz y el martillo siguen presentes en su corazón, como también lo están en su cabeza sus filias populistas radicales de izquierda. Aclararé este punto. ¿Quiénes la acompañan en su camino? La carga de la prueba es evidente. Ana Patón (Bloque Nacionalista Gallego); Teresa Rodríguez (Adelante Andalucía); Pilar Garrido y Miren Gorotxategui (Elkarrekin Podemos); Ada Colau (Catalunya en Común); Mónica Oltra (Compromís Valencia); Mónica García (Más Madrid) y los diputados Juantxo López de

Uralde (coordinador federal del Partido Verde y diputado de Álava por Podemos) y Roberto Uriarte (ex secretario general de Podemos de Euskadi y diputado por Vizcaya por la formación morada). A ellos habría que añadir los ojitos tiernos con los que es admirada por Pablo Iglesias y Juan Carlos Monedero. Comprobarán que los nombres involucrados en la operación política son destacados representantes de la izquierda mesurada y profundamente democrática. No queridos lectores, son lo mejor de cada casa del radicalismo parlamentario.

Quedan dos años, si se siguen los tiempos electorales, hasta la próxima convocatoria de comicios legislativos nacionales. Esta opereta, más una operabufa, se seguirá exhibiendo obscenamente ante los medios de comunicación, en los actos de partido, en los foros de sainete organizados para promoverla como candidata al trono de La Moncloa y, de manera edulcorada, desde sus funciones ministeriales y sus comparecencias parlamentarias, haciendo de ellas una verdadera campaña de marketing personal. De momento ya ha fagocitado a dos de sus compañeras de partido, de gobierno y bancada parlamentaria: Irene Montero e Ione Bellarra, que acabarán sucumbiendo ante la figura vanidosa y transformista de su homónima.

Esta es la mujer de moda, la persona que se disfraza del personaje que caracteriza, la candidata que mueve el sillón a Pedro, el Narcisista. Ojo a los datos.

* * *

La gran explosión

Enrique del Pino

Son innumerables las teorías que circulan por los mentideros acerca del origen del Universo. Es, o ha sido y seguirá siéndolo, una de las respuestas menos conflictivas que el Hombre se da para no adelantar un solo paso en su ignorancia supina del caso; pero ahí seguimos. No voy a recorrer una por una las muchas que los científicos han pergeñado para satisfacerse, ya sean sus delirios o dudas, unas veces con ribetes teológicos, astrofísicos, surrealistas o simplemente literarios, pero convendrá detenerse en la que, por ahora, más concitaba la atención de expertos y profanos, cuál era la llamada del «Big Bang», dicho en lengua inglesa pero que nosotros lo traducimos por «la gran explosión».

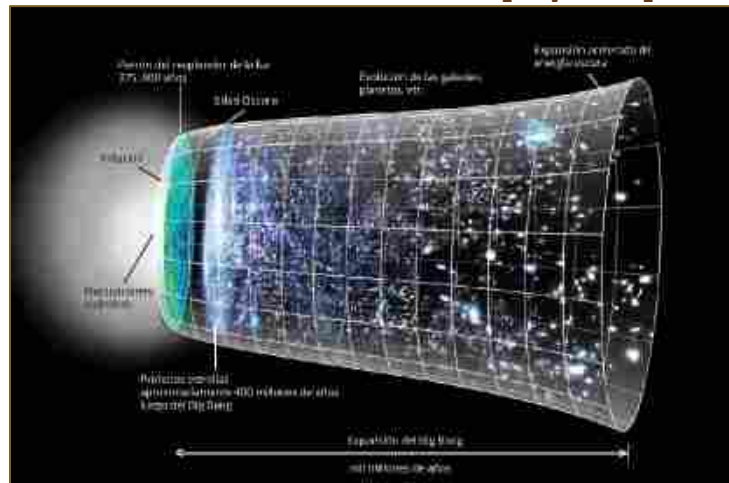
En síntesis, la teoría expone que por razones jamás explicadas se produjo una inconmensurable explosión, a la cual se le suponían varias «novedades» trascendentes, como el nacimiento del tiempo y del espacio, ambas indisolublemente unidas, amén de una fuerza motriz imposible de calcular que hacía posible que dichos elementos en su interacción continua iniciaran un proceso expansivo, que hoy por hoy se supone no se ha detenido. Como este fenómeno «ocurió»



en el tiempo, los expertos han calculado que tuvo su inicio hace como entre 14.000 y 15.000 millones de años, ignorándose al momento cuándo terminará. Con la adición de numerosos detalles para alivio de la masa ignorante que recibimos estos juegos cósmicos, acompañan a estos meollos de la Ciencia un nutrido grupo de comunicadores que, cámara delante y guiones de ciencia-ficción, ahondan en las cuestiones que no pueden quedar fuera del ejercicio, como preguntarse qué había «antes» de la gran explosión y si a lo que había podía llamársele algo así como Dios. De ahí se pasaba a otros territorios más escabrosos, donde conceptos como Eternidad, Nada, Voluntad Divina, etc., todos ellos pertenecientes a esa rara dimensión a la cual no tenemos acceso los mortales pero que manejamos con una familiaridad poco común, como si pertenecieran al nuestro.

Sea como fuere, dada la naturaleza del problema, lo corriente, lo más usual, lo más sencillo que se nos ocurría era dar por buena la teoría del estallido, que, entre otras cosas, tenía la virtud de dejarnos relativamente tranquilos, pues en cierto modo resumía casi todo lo dicho hasta entonces y deba entrada en el repertorio cotidiano a cosas tan corrientes como el tiempo y el espacio,

lo que era un principio asumible, sobre todo demostrable, pues sería de risa señalar los esfuerzos que ha hecho el Hombre en fijar esas dos cosas en aparatos y máquinas. Pero dejemos esto. Al menos a mí me lo parece desde que he sabido – bueno he leído– que todo un señor timbrado que ejerce sus saberes en la



Universidad de Liverpool, que se llama Bruno Bento, ha irrumpido en el mundo científico para adelantar la que está dispuesto a demostrar es la auténtica verdad en la ya casi preterida teoría de La Gran Explosión. Se pierde el buen hombre en una retahíla de conceptos y rarezas que únicamente entienden sus colegas y allegados y da por hecho que en el orden de los «cómputos causales» (?) resulta imposible establecer que se pueda obtener demostración del Big Bang con arreglo a las teorías existentes de la relatividad y no menos de la gravedad y los «quásares». Con esto pretende decir que la famosa teoría, hoy por hoy tan en boga, es solo «un momento particular de la evolución del Universo». O sea, que «antes» que ella, ya existían el tiempo y el espacio, guardándose de ir más allá en sus declaraciones, no sea que en la Academia Sueca le pongan peros el día en que se reúnan para decidir sus bien dotados premios. Bien visto, es una revolución a tener en cuenta.

Ni se me ocurre rebatir al sabio. No es que creyera esto o lo otro, es que para este mundo tan acomodaticio como el que tenemos, donde nos cuelan año tras año las más peregrinas noticias, donde nada es verdad ni es mentira sino del color del cristal que los medios anteponen a sus bulos y enjuagues, donde una parte de la Humanidad muere por causas desconocidas –la pandemia lo es–

al tiempo que otra perece para enriquecimiento de unos cuantos, mientras un astro flotante parece que ha perdido el rumbo mientras los políticos se entretienen en juegos de guerra en fronteras afines, mientras los muy ricos se van de vacaciones al espacio, a perder su tiempo y sus dineros, llega uno de esos cerebros aspirantes y en una revista seria dice a la gente que el tiempo y el espacio lucían en el tablero mucho antes de lo que imaginábamos. ¿Habrá querido decir que eran Dios?

* * *

No diga sátrapa, diga Sánchez

Sánchez se irá tan ricamente en Navidad a pasear por las 6.000 hectáreas de Quintos de Mora y las 11.000 de Doñana sin la agobiante careta que prescribe al resto de la ciudadanía

Eduardo Inda (*La Razón*)

Que la idea de encerrarnos o fastidiarnos la existencia le pone a la izquierda lo demuestra la orgásmica cara que exhiben sus contertulios cada vez que tocamos el temita en los debates televisivos. Siempre se han mostrado compulsivamente favorables de confinarnos con la excusa de la pandemia. Daba igual que la incidencia se hubiera desplomado, que la evidencia científica certifique más allá de toda duda razonable que el índice de contagios en bares y restaurantes no supera el 1%, el caso era y es chapar



hostelería, tiendas, discotecas, toda suerte de negocios y mandarnos a casa. Les debe traicionar el subconsciente, los genes o vaya usted a saber qué porque les encanta comportarse como ese Frente Popular que tanto apego tenía a las siniestras chekas o como esos países comunistas allende el Telón de Acero que decretaban estados de alarma, sitio o excepción cada dos por tres. Por eso odian tanto a Ayuso, porque es una referencia no sólo a nivel nacional sino también planetario de cómo luchar eficazmente contra el virus sin cargarse la



economía. Pedro Sánchez es el cerebro de este liberticidio. La pandemia ha venido de perlas al presidente menos votado desde 1977 para imponer una suerte de autocracia en España. Decretó dos estados de alarma ilegales con un par, cerró el Parlamento a través de su subordinada Batet, ordenó a la Guardia Civil

«perseguir desafectos al Gobierno [sic]» en las redes, chapó el Portal de Transparencia para que no se pudiera preguntar sobre los sospechosos contratos del Covid y se dedicó a atacar por tierra, mar y aire a los madrileños en la persona de su presidenta. Lo del Parlamento fue especialmente grave en términos democráticos porque Meritxell

Batet, que es la presidenta del Congreso más entregada al Ejecutivo en 44 años, y eso que el listón estaba alto, cumplió sus órdenes sin rechistar. Para calibrar el autoritarismo del pájaro monclovita baste recordar que el Parlamento británico jamás se clausuró durante la Segunda Guerra Mundial pese a que la Luftwaffe freía Londres a bombazos día sí, día también. Por no hablar del intento de colar de matute, aprovechando ese totalitario ralentí parlamentario, una reforma exprés del ya de por sí escandaloso sistema de elección del Consejo General del Poder Judicial. Retoque que pasaba por anular el actual procedimiento de mayoría cualificada para dejarlo en un simple plagio



del que implantó el narcodictador Hugo Chávez para asesinar la independencia judicial en Venezuela. El sátrapa que se esconde detrás de la amable a la par que cursi apariencia de Sánchez da un giro de tuerca más al obligarnos a pasar por el aro de una mascarilla en exteriores que no impuso en olas anteriores con muchos más muertos y hospitalizados. Medida que, por

cierto, un sinfín de expertos ha calificado de «inútil» por «innecesaria» y que muchos ciudadanos se aprestan a incumplir. Lo cual me parece maravillosamente bien porque basta ya de coerción, de diktat, de jodernos la vida. Y basta ya también de vendernos que es el fin del mundo cada vez que se disparan las cifras. Tan cierto es que Ómicron es la variante más contagiosa como que el número de hospitalizados en planta o en UCI y el de fallecidos es entre tres y cinco veces menor que las Navidades pasadas. Vacunación, vacunación y más vacunación, no hay otra receta. Eso sí: Sánchez se irá tan ricamente en Navidad a pasear por las 6.000 hectáreas de Quintos de Mora y las 11.000 de Doñana sin la agobiante careta que prescribe al resto de la ciudadanía. Que todavía hay clases. Franco estará orgulloso de él.

* * *